

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Conste que yo me alegro de que la guerra se acabe (si es que se acaba); pero no del modo, ni por los motivos que se alegrarán o dirán que se alegran muchas gentes, ni aun por otros de orden más íntimo y familiar, teniendo como tengo allí a mi hijo que segunda vez ha ido voluntario, y ha contribuido a defender la difícil posición avanzada de Lauzién, con la fe del que persigue un ideal. No; yo me alegro de que la guerra se acabe, o por lo menos se suspenda, puesto que sus resultados, tan brillantes para la gloria, no compensan, en el terreno práctico, los sacrificios y la carga que imponen a la nación. Pero me pregunto dos cosas: si puede acabarse, y si es bueno que se acabe así.

En resumen, estas campañas de África, nos van aproximando a ella, y, por decirlo así, la han reincorporado a nuestra vida. Desde que en 1860 regresaron nuestros soldados, con Prim y O'Donnell, cubiertos de los más infructíferos laureles (si hay laureles infructíferos, que acaso no los haya), la pura verdad es que no volvimos a ocuparnos de que África existiera en el mundo. Cuando oí a Costa, en el Ateneo, allá por los años de 1890, si no me es infiel la memoria, hablar del problema africano, me pareció que un mundo desconocido abría sus puertas; porque, mirando al África desde un punto de vista puramente histórico, no me acordaba de que hubiese un África actual, que nos interesaba también, como interés a nuestros antepasados, desde tiempo inmemorial.

Hoy, de aquella indiferencia y de aquel olvido, hemos pasado a ver en los asuntos de África, y para hablar con mayor exactitud, de Marruecos, algo familiar, que van empezando a conocer de vista muchos españoles, todos de referencia, y algunos reflexivamente, tomando en cuenta lo que importa a nuestro porvenir, industrial, comercial, y de toda índole.

Si no estuviere nuestra población agrícola diezmada por la emigración; si, a pesar de la moralidad del hogar español (en este respecto de la natalidad) nuestra población no creciese mucho menos que la alemana, por ejemplo; si sobrasen aquí brazos para que la agricultura no estuviere como la Venus de Milo, ¿quién duda que el África sería colonizada, con más o menos intensidad, según los territorios, por españoles?

El argumento que a esto se opone, y no deja de hacer fuerza, es que España está llena de despoblados, y primero le convendría cultivar y remediar su propia aridez, que la de otros países, por próximos que se hallen y por afines que nos sean.

Este argumento, sin embargo, no ha llegado a persuadirme. Conviene siempre dejar algo a la espontaneidad, que es mucho más viviente que la lógica. Quizás la raza tiene el instinto de expandirse por tierras nuevas, en que no ha escaseado el riego de su sangre. Es fácil que, si pudiese organizarse la colonización, asegurásemos lo que a tanta costa se ha ocupado, y que tan arduo es conservar sólo con los recursos de la fuerza.

Francia, en sus posesiones de África, así ha procedido. Verdad que el territorio de que se hizo dueña Francia, es mucho más fértil y hermoso que el que a nosotros nos asignó el tratado de Algeciras. Y ese territorio ahora francés debió ser nuestro desde el siglo XVI, si Carlos V, uno de los hombres más adalados por la historia, pero que cometió errores sin número, no amontona desacierto sobre desacierto en la campaña de Argel, donde tuvo que retirarse ante el pirata Barbarroja, a pesar de los prodigios de valor que realizaron sus lansquenets, Fernando de Gonzaga, los caballeros de San Juan. Y es que Argel era formidable, o al menos, lo ha sido largos siglos, y lo fue doblemente cuando se vió que el César, se estrellaba al quererla dominar. El fracaso de aquella expedición realizada contra los consejos y advertencias de Andrea Doria, ¿quién será capaz de decir hasta qué punto influyó en nuestro destino venidero?

Los franceses consiguieron más tarde lo que a nosotros nos negó la fortuna. El problema se les ha-

bia planteado desde muy atrás: no era posible sufrir las depredaciones de los piratas argelinos. En efecto, lo que Europa tiene irremisiblemente, en una o en otra forma, por medio de una o de otra nación, que conseguir, es apoderarse de la costa de África; el interior, es distinto: será necesario: la costa, indispensable; esa costa lisa, como segada de un tajo. Luis XIV andaba ciertamente muy ocupado con los negocios de Europa, pero no era hombre de descuidar ninguno; y varias veces las flotas francesas castigaron y deshicieron el poder marítimo de Trípoli y Argel. Llegó la atención de Luis XIV hasta fijarse en que su Consejo había desechado la idea del vasco Elizagaray, partidario de bombardear a Argel con los morteros de la escuadra francesa, cosa no intentada hasta entonces; el rey disintió de su Consejo, y dispuso que se realizase el proyecto de Elizagaray. Las bombas medio destruyeron a Argel, y acabaron de arrasarlo en nuevas acometidas. El que realizó estas fechorías, el gran marino Duquesne, era, por señas, jurado enemigo de los españoles, y nos hizo cuanto daño pudo, llevando a nuestras orillas el estrago y la desolación. Los españoles, es cierto, habían matado al padre de Duquesne; pero fué en buena lid, y no parece suficiente razón de tal odio en hombre que no ignora las contingencias de las luchas con las armas. Ello es que aquel combatiente infatigable, que decía a Luis XIV «Si yo soy protestante, mis servicios son muy católicos» fué el primero que quebrantó de un modo definitivo a Argel, amenaza constante de cuantos cruzaban los mares, nido de piratería. No bastó, sin embargo, el bombardeo de Duquesne. Fué necesario que el mariscal de Estrées lanzase diez mil bombas más sobre la ciudad, subyugándola con el terror y la ruina. Argel había muerto como potencia importante. Quedaba, sin embargo, aunque sumisa a Francia, estremecida de cólera y deseosa de protesta.

Este espíritu se prolongó a través de dos siglos. Argel se quejaba de sus vencedores, que debían a un súbdito argelino siete millones, y no tenían trazas de pagarlos. Un día — en 1827, plena Restauración — el Bey de Argel pegó un abanicazo al cónsul de Francia. Poco después de la afrenta, Argel fué bloqueada por los franceses; en 1830, la expedición de desembarco dió el resultado más feliz y la bandera francesa ondeó en la ciudadela argelina. Desde entonces, Argel es Argelia, colonia francesa. En los tiempos antiguos, lo que hoy llamamos Argelia se llamó Numidia, Mauritania y Cartago. — Sus dueños la han dividido en tres grandes provincias, Argel, Orán y Constantina. — No pudieron los franceses comerse la tajada sin roer el hueso: la población nómada les dió mucho que hacer, aun cuando las ciudades estuviesen fácilmente sometidas a su yugo. Tropezaronse además con uno de esos hombres que cría la tierra africana, y que, aun cuando no tengan cultura, ni la historia les sirva de pedestal, ni conozcan los modernos sistemas de combatir, poseen sin género de duda condiciones superiores, y prestan, en determinadas circunstancias, cuerpo a las aspiraciones confusas de independencia, sostenidas por los instintos de religiosidad, de la raza. Este hombre fué Abd-el-Kader; y llegó a poner en grave aprieto a los franceses, y hasta los obligó a firmar un tratado no muy honroso, el de la Tafna. No es decible lo que aquel valiente y noble moro realizó, de proezas que parecen del Romancero, en cuatro o seis años de epopeya, durante los cuales no pudieron los franceses pacificar su conquista. Al cabo, lo consiguieron, porque, a la larga o a la corta, las naciones civilizadas deben acabar por triunfar en estos empeños. Abd-el-Kader se refugió en Marruecos, sin gente, sin medios de continuar su labor, y por último se rindió al general Lamoricière; Francia quedó señora de un fértil territorio, y después incorporó a su ejército unas tropas coloniales tan pintorescas y decorativas como los spahis, turcos y zuavos. Yo he visto en varias Exposiciones los productos de Argelia, y no cabe duda que la Restauración ha legado a Francia una adquisición mejor que cuantas soñó, en Anam y Siam, la República.

Estoy evocando estos recuerdos, con pena, ante el contraste que forman con nuestra gestión en otra parte de África. Nuestros esfuerzos en poco han venido a parar; y colmando nuestra mala sombra, nos han motejado por el hecho de defender nuestras plazas y querer extender nuestra zona de influencia, previo acuerdo con otras naciones. Si hubiésemos abandonado lo que ya poseíamos, se nos calificaría duramente; porque no nos hemos resignado a abandonarlo, se nos ha movido alboroto, fuera y dentro. Y sin embargo, ese país no tiene más remedio que ser dominado por Europa, no sólo en el litoral, sino en el interior, porque bajo su suelo duermen riquezas enormes, que los naturales, pobres labriegos be-

licosos, no son capaces de explotar. Encierra minas de oro, plata, estaño, cobre, antimonio, hierro, cinc y azufre; posee salinas; y lo que se dice de la aridez de su suelo no puede ser exacto, porque riñe con la condición de pastores y agricultores de los indígenas. Donde se coge trigo y se cría ganado, y a pesar del atraso de los métodos vive de la tierra una población numerosa y fuerte, el suelo tiene que ser productivo. Y nadie ignora que lo es, ni puede dar crédito a la consabida frase de los cuatro peñascos estériles por los cuales ha combatido España. Aquel suelo, cultivado por medios primitivos, con un arado igual al que se usaría en tiempo de los vándalos, produce, sin embargo, mucho más de lo que para el consumo han menester sus pobladores, y exporta trigo y centeno. De modo que, por su posición geográfica, sus riquezas y otras mil razones, Marruecos habrá de ser, antes o después, ocupado militarmente y colonizado luego por europeos. Leyes históricas parecían indicar que nos correspondiese este papel a nosotros. Acaso nuestros pecados lo impidan.

Y expreso este concepto pesimista, porque no me complace del todo el giro que toma la campaña. Siempre repetiré que mi única fuente de información es la prensa, pero la prensa, sabiendo leerla, informa con gran seguridad. La campaña, hablo de la última, desde el primer momento reveló marcha poco segura; unas veces mostró exceso de acometividad, otras falta de ímpetu para aprovechar las favorables circunstancias. El público creía que el Gobierno, ante todo, aspiraba a concluir, de cualquier manera que fuese. «Golletazo.» Yo no digo que esto sea verdad, sino que el público creyó adivinar esto, desde el primer episodio. Se achacaba tal desco a causas políticas, a financieras, a causas de toda índole; y los sucesos parecen confirmar la suposición, o al menos, no la echan abajo.

Se cree que va a realizarse una reconcentración de fuerzas en las plazas; se desguarnecerán posiciones cuya conservación acaba de costar muchas vidas; y la paz asoma, no como fruto natural de la pelea y del triunfo, sino como arbitrio y recurso de cansancio y afán de «quitarse de encima» una complicación grave. Y claro es que este aspecto de la campaña no puede satisfacer a quien se interese por España. Tal desenlace, lánguido y sin relieve, más bien engendra pesimismo hondo. Las paces duraderas son únicamente aquellas en que se deja bien sentado el poderío. Y, por otra parte, yo no creo que quepa, en esta lucha, el concepto de paz tratada. ¿Con quién se trata? ¿Quién firma? Y, en caso de firmar, ¿quién garantiza el cumplimiento de lo pactado?

En Marruecos no hay un Abd-el-Kader. Aparecen a cada momento cabecillas, como el Mizzián, el Raisuli, el Rogui, santones, iluminados, bandidos, profetas, hombres singulares y dotados de talento y de influjo poderoso, sobre ciertas tribus; pero ninguno de altura tal que asuma el poder y la jefatura de las cabilas, en conjunto, y siempre contra unos puede ejercerse el ascendiente de otros. No cabe, pues, trato duradero, pacificación sólida, seguridad futura.

Esta guerra es crónica, y cabe interrumpirla por algún tiempo; terminarla, es harina de otro costal.

No me atrevería, por lo tanto, a pronosticar nada bueno de lo que actualmente quizás parezca favorable solución. Aplazamientos, paños calientes, no resuelven nada.

Cuando el Presidente de la República francesa venga a Madrid, en fecha no distante, podremos decirle que no se dispara un tiro en Melilla, Ceuta ni Tetuán. Le presentaremos las apariencias de un estado de tranquilidad y concordia, pero sólo las apariencias, porque la cuestión seguirá en pie, y probablemente, empeorada por la manera de tratarla y por el efecto moral que esto produzca en el ánimo de los ladinos moros, que nos estudian y conocen mejor que nosotros a ellos...

Y ojalá que Casandra no acierte una vez más, en su amargo vaticinio. Yo no sé qué sucede aquí con todo, que no hay cosa que pelee. Cualquiera se desalienta, viendo despojarse de su frondosidad y pompa el árbol nacional, y recordando los versos del poeta:

Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son...
Las ilusiones perdidas
son hojas, ¡ay!, desprendidas
del árbol del corazón...

¡Nuestros corazones habían latido con tan generoso arranque; habíamos vislumbrado tantas reparaciones, de las muchas que nos debe la historia! Y ahora, que se acerca el otoño, diríase que algo melancólico nos envuelve, nos aplana... ¿Habremos trabajado tan en balde; habremos empujado, con doloridos hombros, la roca de Sísifo?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.